todo el dia entero, hasta quedar muy cansado y fatigado. Habiendo una vez confirmado infinidad de gente en el pueblo de S. Felipe de Tlascala tres dias que en él estuvo, le dió una noche el mal de la muerte, que fué un dolor de costado, y llamando á su compañero, le dijo: «Padre bendito, á mí me ha dado enfermedad, y creo es la postrera del mal de la muerte; vámonos á casa.» Saliendo el buen obispo de los aposentos de la iglesia para ponerse en camino, vió en el patio de ella multitud de indios, hombres y mujeres y niños, que lo esperaban para que los confirmase. Y habiendo compasion de ellos, dijo al compañero: «Estos pobres ¿cuándo se confirmarán si yo no los confirmo?» Y respondiéndole el compañero, que Dios le daria salud para que volviese, habida oportunidad, y los confirmase, replicóle el buen obispo: «No quiera Dios que yo los deje de confirmar agora, y los envie desconsolados; tráiganme luego recaudo.» Confirmólos allí á todos, que eran muchos, lo cual fué ocasion que se le inflamase mas la calentura. Partióse luego para la ciudad de los Ángeles, donde está la silla episcopal, y no quiso ir á sus casas, mas fuése derecho al convento de S. Francisco, diciendo que queria morir entre los religiosos sus hermanos. Y así fué, que recebidos en aquel convento todos los sacramentos como bueno y fiel cristiano, dió el alma á su Criador, abrazado con un crucifijo, habiendo gobernado la Iglesia que Dios le encomendó, con mucho ejemplo y cristiandad. Sacaron su cuerpo del monasterio de S. Francisco y lleváronlo á su Iglesia con gran copia de sacerdotes clérigos y religiosos de las tres órdenes. Fué su muerte muy sentida y llorada de todos, y particularmente de los naturales, que como á padre muy tiernamente lo amaban. El virey D. Luis de Velasco supo la muerte de este apostólico varon, estando platicando con el obispo de Michoacan D. Vasco de Quiroga, y sintiéndola mucho, dijo al obispo: «Grandes son, señor, los secretos de nuestro Dios, que á los que habia de dejar (segun nuestro parecer) lleva, y á los que habia de llevar deja.» Y decia muchas veces que habia perdido en el buen obispo padre y amigo verdadero. Tambien el arzobispo de México, D. Fr. Alonso de Montúfar, estando en el pueblo de Cinacantepec (y yo con él), supo la muerte de este excelente pontífice, y con muchas lágrimas se levantó de la mesa (que estaba asentado para cenar) y se retrajo á su aposento, diciendo que esta nueva Iglesia habia perdido su principal pilar. Tanto era el amor y respeto que todos le tenian.

CAPÍTULO XLVIII.

De algunos religiosos dignos de memoria de esta provincia del Santo Evangelio.

De Fr. Alonso de Molina.

Fr. Alonso de Molina vino con sus padres, niño, á estas partes de la Nueva España, luego como se conquistó. Y como era de poca edad, deprendió con facilidad la lengua de los indios mexicanos. Y cuando comenzaron los primeros doce padres á cultivar esta viña del Señor, este niño les sirvió de intérprete y enseñó á algunos de ellos la lengua mexicana. Y llegando á edad de poder tomar el hábito, lo tomó en México, y siempre fué creciendo en toda virtud y buena religion. Fué único en saber bien la dicha lengua de los mexicanos para aprovecharse de ella, en la cual con mucha suavidad y gracia particular que Nuestro Señor le comunicó, predicó cincuenta años con mucho contento y consuelo de los naturales. Los cuales han dado mucha muestra de su aprovechamiento en las ciudades y pueblos donde oyeron á este siervo de Dios y á otros semejantes buenos predicadores. Escribió tambien en la mesma lengua muchas cosas muy bien escriptas; es á saber: Arte de la lengua mexicana. Vocabulario de la mesma lengua. Dos doctrinas, mayor y menor. Confesionario mayor muy cumplido, y Confesionario menor. La vida de nuestro padre S. Francisco. Aparejo para recebir la sacra Comunion. Todas estas obras andan impresas, y se ayudan mucho de ellas todos los ministros de esta Iglesia, y los indios y muchos de los españoles seglares. Y así, sin duda este siervo de Dios es el que mas lumbre ha dado á esta Iglesia en lo tocante á esta materia. Es de creer piadosamente que está en la gloria eterna gozando de sus muchos y fieles trabajos, porque acumuló á ellos grande observancia de nuestra sagrada religion, y celo ferventísimo de la honra y gloria de nuestro Señor Dios y amparo de los pobres naturales. Murió con mucho aparejo que el Señor le dió, mediante una larga enfermedad, y está sepultado en el convento de S. Francisco de México.

De Fr. Juan Burujon. 1531.

Fr. Juan de Burujon, lego, vino de la religiosa provincia de S. Gabriel, año de mil y quinientos y treinta y uno. Fué muy austero y penitente mientras tuvo salud, porque en la vejez lo visitó Nuestro Señor con continuas enfermedades. De este bendito religioso se decia por cosa cierta que veia visiblemente á nuestro Señor

Jesucristo en el santísimo sacramento del Altar, en forma corporal, y que le aparecia tambien la gloriosa Magdalena. Pasó de esta vida al Señor, en el convento de S. Francisco de México, donde yace su santo cuerpo.

De Fr. Pedro de Castillo.

Fr. Pedro de Castillo, natural de la montaña del valle de Guriezo, siendo mancebo y queriendo huir de los peligros del mundo, entró en la religion del padre S. Francisco, tomando el hábito en el convento de Almazan, de la provincia de la Concepcion. Movido por el celo de la honra de Dios y salvacion de las almas, vino á
1534. esta Nueva España, año de mil y quinientos y treinta y cuatro, donde halló algunos varones santos del mesmo hábito y espíritu, con los cuales discurriendo por diversas partes y evangelizando la palabra de Dios, convirtió multitud de infieles á la fe de Cristo y los trajo al gremio de la santa Iglesia romana, particularmente en las provincias de Tlascala y Jilotepec, y en los pueblos de Tula y Tepexic. Era varon perfecto, de suavísimas costumbres, muy ejemplar y observante, pobre y despreciado. En la paciencia se mostraba otro Job. Acaecíale levantarse antes del alba á confesar los indios, y ocupado todo el dia en este ejercicio se olvidaba de comer hasta que lo llamaban, sin dar algun indicio en su aspecto de cansancio, disgusto ó impaciencia, aunque la gente que confesaba (por ser bárbara y de muy poco talento) era ocasionada para cansar y hacer impacientes pechos de diamante. Visitóle el Señor y tocóle con su mano (como á tan escogido siervo suyo) con una prolija enfermedad de gota en piés y manos, que hasta la muerte lo tuvo tullido, padeciendo continuos dolores; mas ninguno jamas le oyó quejarse, ni salir de su boca palabra que no fuese de mucha paciencia y conformidad con la voluntad del Señor, á quien él daba muchas gracias por semejantes regalos, cantando loores divinos cuando mas le apretaban los dolores. Privó tambien Nuestro Señor á este su siervo de la vista corporal para mas mérito suyo, en el cual trabajo mostró grandísima paciencia. Cuando hablaba con alguna persona, era con tanta afabilidad y alegría de su rostro, que daba bien á entender
Galat. 5. cuán llena estaba su alma de Espíritu Santo (que segun el apóstol) su fructo es gozo espiritual. En todo tiempo, estando sano ó enfermo, fué para sí muy austero, y castigaba su cuerpo con mucho rigor, trayéndolo al servicio del espíritu. Con toda su vejez y enfermedades, no traia mas ropa que un hábito de áspero sayal, sin túnica. Antes que se tullese anduvo siempre descalzo, y dormia sobre unas tablas. Despues de tullido, no dejó por eso de trabajar

como de antes en la obra de los naturales, haciéndose llevar en una silla de pueblo en pueblo, no cesando de predicar y confesar y doctrinar, llevando adelante y creciendo en él el ferventísimo celo de la salvacion de las almas, que le habia movido á aprender la dos lenguas mas generales de esta Nueva España, mexicana y otomí. En los pueblos de los indios, cuando así los visitaba, no consentia que le pusiesen colchon en la cama donde habia de dormir, y si hallaba alguno puesto luego lo mandaba quitar, y reposaba sobre las tablas con alguna manta vieja. Comia con alegría los manjares mas gruesos y comunes, y poníanle fastidio los delicados y particulares. En la oracion era continuo y ferviente. Rezaba el oficio divino conforme al breviario, aunque estaba ciego, porque tenia en la memoria mucha parte de él, y ayudábale otro religioso. Tambien rezaba el oficio de los frailes legos, y muchas coronas de Nuestra Señora, con otras oraciones y devociones. Confesaba y comulgaba á menudo, y esto con tantas lágrimas, que ponia mucha devocion y compuncion al ministro que le administraba estos sacramentos. Tenia particular cuidado que en su celda no faltase agua bendita para remedio de las muchas y graves tentaciones con que el demonio suele acometer á los mas perfectos. No contento con lo que él por su persona trabajaba por la salvacion de las almas, deseaba mucho que todos los religiosos supiesen la lengua de los indios para ayudarlos, y así á los que no sabian lengua les persuadia que la aprendiesen y se ofrecia á enseñársela, y se ocupaba con gran voluntad en ello. En especial enseñaba la lengua otomí, por ser muy dificultosa y bárbara, sin cansar dia y noche en responder á todo lo que le preguntaban. Por estar ciego, rogaba muchas veces á algunos religiosos ó indios que sabian leer le leyesen en un vocabulario que tenia de la lengua otomí, porque no se le olvidase, y por esta causa dejase de predicar en ella. Predicaba todos los domingos y fiestas, salvo cuando le aquejaban los dolores de su enfermedad de gota. Amaba á los naturales muy tiernamente, y defendíalos de los agravios y desafueros que algunos españoles les hacian. En la obediencia era prontísimo, que aunque estaba tullido y ciego, si su prelado le mandaba ir á visitar los naturales en sus pueblos (por ser como era este siervo de Dios muy buena lengua), luego se hacia llevar á ellos, y les predicaba y consolaba en sus trabajos y aflicciones. Y si el provincial le enviaba alguna obediencia para ser conventual en otra parte, luego que se la daban la cumplia sin excusa, porque tenia su voluntad puesta en la de su prelado, como verdadero hijo de obe-

diencia. Queriendo, pues, Nuestro Señor dar el premio de tantos trabajos á este su fiel siervo, que habia trabajado mas de cuarenta años, una noche despues de maitines sacó su ánima de la cárcel del cuerpo y la llevó á su gloria para gozar de su Esposo para siempre. Murió este bienaventurado padre en el convento de S. José de Tula,
1577. año de mil y quinientos y setenta y siete. Su cuerpo está enterrado en el mesmo convento junto á las gradas del altar mayor. Á su entierro se hallaron muchos religiosos capitulares que iban á un capítulo que entonces se celebraba en México.

CAPÍTULO XLIX.

De otros religiosos memorables de aquellos tiempos.

De Fr. Francisco de las Navas.
1538. FR. Francisco de las Navas, de la provincia de la Concepcion, vino á esta del Santo Evangelio el año de mil y quinientos y treinta y ocho con otros seis religiosos que envió la serenísima Emperatriz Doña Isabel. Fué el primero que comenzó á baptizar la nacion de
1540. los indios llamados popolocas, el año de mil y quinientos y cuarenta, y baptizó en dos meses pasados de doce mil. Despues aprendió la lengua mexicana y la supo muy bien, y en ella trabajó mu-
1578. chos años hasta el de setenta y ocho que murió, siendo guardian del convento de Tlatelulco. Enterróse en el de México, donde primero habia sido guardian.

De Fr. Antonio de San Juan. Fr. Antonio de San Juan fué primero clérigo y arcipreste en tierra de Campos, donde era natural. Tomó el hábito de los menores en la provincia de la Concepcion, y de allí pasó á estas partes de la Nueva España con deseo de ganar almas para Dios. Y aunque era hombre de mucha edad, aprendió la lengua de los indios mexicanos, y la supo, y trabajó en esta viña de Cristo con mucha solicitud y ejemplo. Hiciéronlo guardian del convento de Tula el
1543. año de mil y quinientos y cuarenta y tres, y fué el primero que comenzó á dar allí el santísimo sacramento de la Eucaristía á los indios, por donde de este siervo de Dios tienen en aquel pueblo particular memoria. Y tambien porque siendo allí segunda vez guar-
1550. dian el año de mil y quinientos y cincuenta, comenzó á edificar por mandado del ministro provincial Fr. Toribio Motolinia, la iglesia que aquel pueblo al presente goza, dedicada al glorioso confesor S. José, la cual acabó tornando tercera vez por guardian el año de

mil y quinientos y cincuenta y cuatro. Juntamente con esto edificó 1554.
mucho á los indios de aquel pueblo en las cosas de nuestra fe cristiana y buenas costumbres, y en el ornato del culto divino. Está enterrado en el convento de S. Francisco de México, donde murió lleno de muchos años y buenas y apostólicas obras.

De Fr. Lúcas de Almodovar. Fr. Lúcas de Almodóvar, lego, vino de la provincia de los Ángeles. Fué notable enfermero y de mucha caridad, y ejercitó este oficio muchos años en el convento de S. Francisco de México, con mucho ejemplo y observancia de su profesion. Tuvo don de curar, con lo cual hizo muchas curas muy señaladas en religiosos y seglares, así españoles como indios, de los cuales, como de pobres, más se compadecia. El prudente virey de esta Nueva España, D. Antonio de Mendoza, desahuciado de los médicos, se curó con él, y Fr. Lúcas lo dejó sano. El doctor Alcázar, médico famoso de la ciudad de México, no se queria curar con otro, sino con este siervo de Dios. De las otras órdenes venian enfermos religiosos á la enfermería de S. Francisco á curarse con él, como lo hizo el maestro Fr. Alonso de la Veracruz, de la órden de S. Augustin, en una grave enfermedad que tuvo, y volvió sano y contento á su monesterio. Con otros muchos hizo lo mesmo, que por evitar prolijidad no se cuentan. Murió Fr. Lúcas en el convento de México, cerca de los años de mil y quinientos y cincuenta. Al tiempo de su muerte apareció 1550.
una cruz en el aire, y grande, sobre la enfermería donde acacaba de espirar, y donde tanto se habia abrazado con la cruz de Cristo ejercitando aquel oficio y obra de tanta caridad, la cual cruz vieron algunas personas seglares devotos del convento, y admirados de ello lo vinieron á decir á los religiosos, y hallaron que en aquel tiempo acababa de espirar el siervo de Cristo Fr. Lúcas de Almodóvar, devoto de la santa Cruz.

De Fr. Juan de Gaona. Fr. Juan de Gaona, de la provincia de Búrgos y natural de la misma ciudad, hijo de buenos padres, tomó allí el hábito de religion de nuestro padre S. Francisco, en su mocedad, y habiendo oido su curso de artes y teología en la mesma provincia, fué á reformarse y perficionarse en estas y otras ciencias á la universidad de Paris, que á la sazon florecia mucho mas que agora en letras. Tuvo allí por su principal maestro en la teología escolástica al famoso doctor Fr. Pedro de Cornibus, el cual, conocida la habilidad y excelente subjeto de Fr. Juan de Gaona, puesto que tuvo muchos hábiles discípulos, aunque muchos de ellos faltasen del general, subido á la cátedra miraba á todas partes, y como viese presente á

Fr. Juan, con solo él se contentaba, diciendo: *Sufficit mihi unicus Gauna.* «Bástame á mí solo Gaona por oyente, para que no sea infructuoso mi trabajo.» Tanta era la opinion que este doctor tenia de su habilidad y ingenio. Salió de sus estudios este religioso varon, excelente latino y retórico, razonable griego, muy acepto predicador, y sobre todo, profundísimo teólogo, y lo que mas es de estimar, religiosísimo en sus costumbres y celoso de la guarda de su profesion y regla. Volvió de Paris á su provincia de Búrgos, donde le mandaron leer santa teología, y como candela puesta sobre alto candelero, comenzó á extenderse la fama y luz de su sabiduría y religiosa persona por las provincias de España entre los frailes de la órden. Residia entonces la corte del Emperador Cárlos V en Valladolid, y los padres de aquella provincia (que es de la Concepcion), atento al concurso que habia de personas principales cortesanas que acudian á aquel convento de Valladolid á oir las lecciones y ver los ejercicios que los religiosos tenian en sus estudios, pidieron con mucha instancia al ministro general que les diese por lector de aquel convento á Fr. Juan de Gaona, por lo que tocaba al honor y decoro de toda la órden, y así el general le mandó venir allí para el efecto. Estando en aquella corte leyendo teología, como la serenísima Emperatriz Doña Isabel, gobernadora de los reinos de Castilla en ausencia del Emperador (con la aficion y celo que tenia de favorecer las cosas de las Indias), anduviese buscando religiosos, tales cuales en aquel tiempo convenian para la conversion y manutenencia de estas nuevas gentes, puso los ojos en Fr. Juan de Gaona, considerando su religion y letras, y encargóle que con otros escogidos religiosos pasase á esta provincia de México. Viendo, pues, el prudente varon, que esto venia de mano de Dios, apercibióse luego para tan larga y peligrosa jornada, y llegó acá con los demas el año
1538. de mil y quinientos y treinta y ocho. Luego que vino comenzó á deprender la lengua mexicana, y para mejor darse á ella dejó por diez años los libros y estudios graves de las letras, y salió con ello de tal suerte, que la supo como el mejor en su tiempo, como parece claro en los coloquios que compuso en ella, que andan impresos, y es lo que mas se ha estimado de todo cuanto en esta lengua se ha escripto. Porque en la pureza y elegancia de lengua excede á todo lo demas, y en la materia muestra bien el autor su espíritu y sabiduría. Solo este librito ha quedado de su memoria, y en latin una apología contra un famoso teólogo extranjero, al cual convenció de un error y lo hizo retractar, aunque no está impresa, y á esta

causa por ventura se perderá, como se han perdido otros tratados suyos de mucha erudicion que compuso, así en latin como en la lengua de los indios. Su predicacion en la ciudad de México fué de grande aceptacion y edificacion entre los españoles, mayormente por su mucho recogimiento, que jamas salia del convento, ni tenia cumplimientos de visitas con alguna persona, ni aun con el mesmo virey, y juntamente por su extraña compostura y honestidad en el púlpito; tanto, que las señoras y matronas de México daban con esto en rostro á sus hijas, diciéndoles que tuviesen por dechado al padre Gaona en la guarda de sus ojos y sentidos y compostura de su persona, que propriamente parecia (como suelen decir) una dama. No se ensoberbeció este varon apostólico con las gracias de que Dios lo adornó, antes fué humilde sobremanera, pues siendo tan docto se puso á leer gramática á los frailes, y tambien á los indios en el colegio de Tlatelulco, y de ellos sacó retóricos y artistas que fueron para leer á religiosos mancebos, por la falta que entonces habia de frailes lectores. Y siendo guardian, él era el primero que tomaba la escoba para barrer, y para hacer los demas oficios de humildad, como se vió en Xuchimilco, que siendo allí guardian y lector, y labrándose cierto edificio que se hacia, salia fuera del convento por tierra con una espuerta, y le seguian sus discípulos y los principales del pueblo, tomando ejemplo de su buen caudillo y pastor. Enflaquecia su cuerpo con ayunos, vigilias y penitencias. En el adviento y cuaresma, con predicar en el convento y en la ciudad, se pasaba con una escudilla de caldo de lo que se guisaba y un solo huevo de racion principal. El celo que tenia de la salvacion de los naturales era muy grande. Eligiéronlo en séptimo ministro provincial de esta provincia, despues que acabó su oficio el santo
Fr. Toribio Motolinia, año de mil y quinientos y cincuenta y dos, 1552.
lo cual él rehusó todo lo que pudo, alegando insuficiencia y poca salud, mas al fin contra toda su voluntad lo hubo de aceptar, y antes que pasase un año, por escrúpulos que tenia, con título de faltarle la vista lo renunció, y se lo aceptaron. Murió lleno de buenas obras, y está enterrado en el convento de S. Francisco de México.